

Creemos por tanto —tal y como previene el primer enunciado de la termodinámica—, que la determinación de las personas para buscar la libertad y para emanciparse de cualquier cadena, ni se crea ni se destruye, sólo se transforma.

Asamblea del Euskal Jai. Iruñea

Introducción

El texto que aquí presento tiene el objetivo de contribuir al debate sobre las respuestas que desde la sociedad civil, y en el cada vez más complejo panorama social, se están dando a los cambios que en los últimos años se están produciendo en el espacio urbano.

La transformación profunda que han sufrido nuestras ciudades en los últimos veinte años cuyo reflejo es bastante evidente en los cambios del espacio y su distribución y en las formas arquitectónicas más vanguardistas también lo podemos rastrear en la vida social de estas ciudades, y más en concreto en sus formas de acción colectiva que caracterizaremos en las transformaciones sufridas en aquello que vamos a llamar movimiento social urbano o movimiento ciudadano. Aunque algo apuntaremos sobre la primera parte, nos centraremos en el amplio abanico de preguntas (más que respuestas) al que nos conduce el segundo de los rastreos; de todas formas son dos lógicas condenadas a caminar juntas.

En algunos escritos recientes (Ahedo, Ibarra 2007) he trabajado ya con el concepto de comunidad democrática subrayando no tanto la meta sino el proceso de auto-transformación de la «comunidad compleja» (necesidad de reconocimiento de un espacio social compartido por identidades múltiples) en «comunidad democrática» (que se reconoce a sí misma como sujeto activo de cambio y mejora de las condiciones de vida) y que en esta ocasión también usaremos para concretar la aportación más teórica.

Por último, nos acercaremos a dos experiencias cercanas y vivas del movimiento social urbano de dos barrios: el Casco Viejo de Pamplona, e Irala de Bilbao, que gracias a mi trabajo en la universidad no sólo he podido conocer; también he tenido la suerte de compartir un trozo del camino con ellas. Intentaré transmitir algunas reflexiones e ideas surgidas de estas experiencias concretas de acción colectiva vecinal con el objetivo de seguir avanzando en la reflexión y la acción como dinámicas siempre inseparables (Melucci, 2001) de generar

conocimiento transformador.

Los cambios en la ciudad

Ya hemos dicho que aunque no sea el objetivo principal de nuestro trabajo, necesitamos caracterizar algunos de estos cambios para saber al menos en que contextos y en qué lógicas urbanas nos estamos moviendo. Hay quien en esta misma publicación, y desde luego en una gran cantidad de estudios y trabajos realizados en los últimos años desde diferentes perspectivas (Castells, 1998; Harvey 2003; Amants del Plagi, 2004; Park 1999; Sassen 1999), los sistematizarán mucho mejor; así que yo tan sólo me centraré en los que de manera más directa están relacionados con los cambios en las formas de acción colectiva con vocación urbana más o menos explícita. Este breve repaso tiene también sentido porque comparto con Garikoitz Gamarra la afirmación de que «el urbanismo se puede leer siempre como metáfora de la economía dominante» (Gamarra, Larrea 2007).

La primera cuestión que nos surge es quién o quienes son los protagonistas, o al menos los impulsores de los cambios en la ciudad, porque la globalización ha complejizado hasta tal punto el espacio local que no resulta tan fácil identificar ni cómo, ni quienes protagonizan estos cambios. En este sentido la ciudad se nos muestra como un espacio de conflicto político constante en el que cada uno de los contrincantes, bien sean instituciones, movimientos sociales o grupos de poder... defiende según sus valores un modelo u otro de definir el espacio público y de apropiarse de sus valores materiales y simbólicos. La ciudad cambia por lo tanto según esas tensiones o relaciones de poder y lo hace porque la ciudad acomoda, mejor que el espacio político nacional-estatal, la convivencia de las estructuras políticas formales con las informales.

La propia municipalidad con el ayuntamiento como principal institución local de representación ciudadana parece, ahora más claro que nunca, haberse quedado insuficiente para la gestión de lo urbano tanto para los intereses del capital globalizado que proyecta sobre grandes áreas metropolitanas llamadas a ser los agentes dinámicos y competitivos en la carrera por atraer capitales internacionales, como para las exigencias de la sociedad civil organizada de mayores espacios para la participación activa en la definición de sus espacios de vida y su propio futuro (Boaventura 2003) De todas formas, y en contra de algunas lecturas, a mi juicio demasiado simplistas, que sólo identifican estas dos corrientes, las cosas se nos han complicado en estos espacios sociales urbanos, o visto de otra forma, se nos abren nuevas posibilidades para la reflexión y la acción colectiva en clave transformadora.

En estos tiempos de *modernidad reflexiva* (Beck 1998) o de *modernidad líquida* (Bauman

2006), la segmentación de la vida cotidiana también tiene su expresión urbanística en el diseño de los nuevos espacios. Si los ámbitos de la vida se com-partimentan al máximo la ciudad tiene que estar preparada para ello, además como se suele insistir desde una perspectiva empresarial es necesaria la especialización para competir en el mercado global. Así los espacios urbanos o los edificios de los planes de regeneración se diseñan y construyen con funcionalidades perfectamente definidas y basadas en una lógica de especialización; hay espacios para el consumo, para el ocio, para el trabajo, incluso para el «desmadre» (generalmente en eventos deportivos o festivos puntuales) reconociendo así la necesidad de escapar, aunque sea fugaz y artificialmente, de las normas y del asfixiante orden social en el que vivimos cada día. La ciudad se segmenta según funciones pero también se estratifica según capacidades económicas de sus habitantes. La carestía de la vivienda convierte algunos barrios de la ciudad en prohibitivos para ciertos niveles de renta, mientras que refuerza otros como suburbios alejados del centro (físico o simbólico) a los que se les niega el derecho a la ciudad (Lefebvre 1973)

Esta tendencia de la ciudad a la especialización beneficia sin duda al mercado y a la competitividad entre las ciudades globales, y perjudica de forma clara a las relaciones sociales y humanas en cuanto que no son funciones rentables. La posibilidad de compatibilizar en los procesos de regeneración urbana una y otra estrategia (en la línea de Castells), o de buscar «*las grietas de la ciudad capitalista*», como diría Harvey (2004), es un tema de debate central en el urbanismo actual que además tiene muy pocas perspectivas de resolverse definitivamente.

Pero es que además, sea como fuere, esa competitividad entre unos y otros espacios urbanos obliga a la ciudad a venderse a sí misma, y como casi cualquiera sabe en la sociedad de consumo actual para vender bien lo importante es la marca y no el producto. «*Barcelona marca registrada*» (2004) de forma más directa y desde hace ya unos años, o la más reciente publicación de «*Bilbao y su Doble ¿Regeneración urbana o destrucción de la vida pública?*» (2007), son dos libros que analizan con detalle y a la luz de los cambios en dos ciudades concretas estas tendencias impulsadas por las instituciones locales. Sin embargo, puede que lo más interesante de este fenómeno no esté en su proyección hacia afuera sino hacia dentro, en el sentido en que la marca es un instrumento con el que se pretende generar identidad, vinculación de los ciudadanos al proyecto de ciudad. En ciudades como Bilbao, que han sufrido algunas transformaciones espaciales de gran envergadura se pretende usar esa vinculación a la marca como una búsqueda de legitimación un tanto a posteriori de los proyectos urbanísticos ya atados con otros agentes y con otras vías. No sólo las ciudades, también pueblos y municipios pequeños están abrazando esta política-marketing como estrategia de fomentar el sentimiento o vinculación colectiva con el territorio.

Este intento de generar identidad colectiva desde arriba hacia abajo es la que Castells (2000) llamó *identidad legitimadora*, y que desde el punto de vista de la transformación social poco tiene de interesante sino es para desmontarla como argumento ideológico y simbólico (varios movimientos sociales vinculados al movimiento de okupación ya lo están haciendo en Bilbao y Barcelona). Bastante más nos interesan la

identidad de resistencia
y la identidad proyecto

sobre las que volveremos en la segunda parte de este trabajo. Aún así, está claro que la identidad legitimadora del sistema tiene hoy unos canales de comunicación mucho más eficaces que las campañas institucionales destinadas a generar pertenencia, otros elementos físicos y simbólicos más vinculados al consumo y a los medios de comunicación generan, no sé si tanta pertenencia, pero seguro que mayor lealtad.

Por último la ciudad, aunque siempre ha sido el espacio privilegiado para ello, es hoy más compleja que nunca en cuanto a la cantidad y la diversidad de interacciones sociales, sin embargo, como ya hemos dicho, hay tendencias urbanísticas con unos valores que impulsan el mestizaje y hay otras, que por contra, fomentan la segregación y por tanto la exclusión social de unos determinados sectores de la sociedad. El propio término de exclusión social, hoy ampliamente utilizado por las instituciones en el área de los servicios sociales, se define como un elemento estructural, como una cualidad propia del sistema social que incluye y excluye a un determinado número de personas a las que se les niega la «*participación social*». En el fondo hay dos concepciones de lo social, y en consecuencia de lo humano, diametralmente diferentes según las cuales la complejidad puede ser entendida como amenaza o como oportunidad.

En la primera, materializada en las opciones políticas conservadoras, el miedo a lo nuevo, a lo desconocido y a la mezcla son los elementos centrales de la motivación y de la legitimación social de ciertas políticas orientadas a un mayor control social y claramente restrictivas de las libertades de toda la ciudadanía. A este respecto hay que señalar el auge de «leyes por el civismo» como las impulsadas por los ayuntamientos de Pamplona o Barcelona y que claramente han sido contestadas por los movimientos sociales urbanos, o la ya tristemente famosa frase de «leña al navajero» del alcalde bilbaíno con la que se caracteriza de una manera muy gráfica un modelo concreto de respuesta a la conflictividad social, basada como él mismo insiste una y otra vez en la mayor presencia policial en las calles.

En la segunda de las concepciones, la que entiende la complejidad del espacio social urbano más como una oportunidad que como una amenaza, se parte de una motivación ética y política de necesidad de cambio y transformación social, pero, sobre todo, de una voluntad de inclusión de todas las personas en una dinámica social más abierta y participativa. El reconocimiento de la complejidad bajo esta perspectiva no es fruto de un optimismo inocente, ya que precisamente empieza por ser consciente de los problemas de convivencia generados por la

mayor interacción social, por la diversidad ideológica y cultural, o por cualquier otra fuente de posible conflicto, pero intentando llegar a la raíz de esos problemas, y aportando ideas y proyectos concretos cuya clave es la de la inclusión social. Son muchos los proyectos y las prácticas sociales generadas con esta voluntad tanto desde las instituciones locales como desde las entidades y colectivos sociales de diferente índole, así como desde la ciudadanía previamente no organizada que descubre, en muchas ocasiones a través de un conflicto puntual vinculado con la convivencia, la necesidad de asumir protagonismo y poner en marcha un proceso más integral que superando la particularidad del conflicto conecte con los problemas más de fondo que afectan en realidad a toda la comunidad o barrio donde viven (Marti, 2000).

Ni que decir tiene que las experiencias de prácticas urbanas de acción colectiva sobre las que vamos a seguir trabajando se mueven en esta voluntad, y que como veremos más adelante no sólo generan nuevos discursos y lecturas sobre lo urbano, sino que desarrollan prácticas que redefinen los espacios físicos y simbólicos de la ciudad; son realmente prácticas transformadoras y fuerzas vivas que demuestran que se puede rescatar todavía todo el potencial liberador de la ciudad, o como diría Italo Calvino (2002), son «poemas de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades».

La comunidad democrática

En este contexto y con esta preocupación expresada, he venido a desarrollar el concepto de comunidad democrática al que hacíamos referencia en la introducción (Ahedo, Ibarra, 2007), como intento de aportar ideas y reflexiones que sirvan para crecer y avanzar en los marcos de acción colectiva en los que se mueven actualmente los movimientos sociales urbanos.

Como ya apuntábamos, fruto de una concepción epistemológica muy vinculada a la democracia participativa en su sentido más profundo, nos interesa más el recorrido en su sentido propositivo o el proceso, que la meta en sí. Dicho de otra forma, la comunidad democrática es más bien una intuición y nunca un proyecto definido; una intuición, eso sí, que apunta hacia la necesidad de unas formas de acción que recojan los dos elementos centrales incluidos en el término, por un lado la *dimensión comunitaria* entendida de forma inclusiva y abierta, como un refuerzo de las redes humanas y sociales de apoyo y solidaridad mutua, y por otro lado, la *dimensión democrática*, es decir, la capacidad de una colectividad de decidir de forma libre y responsable su propio futuro, y de ser ellos y ellas las protagonistas del proceso de transformación social, económica, cultural y política que logre las mejoras necesarias en sus condiciones de vida.

Aunque la comunidad democrática se formule como intuición o como proyecto abierto a construir por los agentes sociales y políticos implicados en el territorio, esto no quita para que se puedan ir elaborando propuestas para la reflexión y reapropiación colectiva. Tal es el caso de la contribución de Jordi Borja (2000) con la elaboración de un catálogo muy completo de «derechos de la ciudadanía» fruto, además de años de trabajo en el ámbito del urbanismo. Pero, como decimos, los proyectos para ser motivadores deben ser sentidos como propios; por eso el catálogo de Borja más que una tabla de mandamientos, puede ser un texto excelente para el análisis y debate en el seno de cada colectivo perteneciente al movimiento social urbano que reflexione sobre la situación de cada uno de ellos en su ciudad. Sólo la premura de espacio y el objetivo de este artículo, más centrado en los actores que en los contenidos, nos impiden no hacer un estudio más a fondo de este texto que recomendamos encarecidamente.

Pero como hemos visto, el reconocimiento de la existencia de una comunidad compleja es un paso necesario para orientar la acción colectiva en este sentido; es necesario identificar por tanto una colectividad dinámica y abierta con problemas y preocupaciones comunes que tome conciencia de la necesidad de actuar (para esto también puede ayudar la aportación de Borja). El individualismo profundo (Bauman, 2003; Beck, 2003) que de forma tan intensa ha generado esta nueva modernidad en nuestras sociedades, es, en este sentido, el primer gran obstáculo para la toma de conciencia de esas problemáticas comunes. Por tanto, dada esta dificultad, toca a las ciencias sociales que quieran comprometerse con esta transformación social aportar y compartir con los agentes sociales protagonistas, metodologías abiertas pero eficaces con las que identificar los elementos claves de esa complejidad que, a su vez, sirvan para impulsar procesos inclusivos de cambio social.

Por otro lado, porque el mestizaje es otra intuición central para la comunidad democrática, conviene recordar como lo hacía Edward W. Said (1996) que, frente a la homogenización cultural o la folklorización de nuestra propia cultura que todo lo simplifica y reduce, «todas las culturas están en relación unas con otras, ninguna es única y pura, todas son híbridas, extraordinariamente diferenciadas y no monolíticas». Este reconocimiento explícito del mestizaje cultural como una cualidad normalizada de las culturas, es el mejor antídoto contra los proyectos políticos excluyentes tanto a escala nacional como local. Es necesario denunciar el auge de la concepción monolítica del poder que tan de moda ha puesto la dicotomía extrema de Bush tras el 11-S de «estar con él o estar contra él», y que se aplica muy a menudo en la escala local para descalificar las críticas a ciertos mega-proyectos urbanísticos.

Volviendo a lo local, que siempre refleja lo global, queremos insistir en que el barrio, definido como espacio social físico, simbólico y político, es el lugar privilegiado donde no sólo se puede reconocer y palpar la complejidad, sino que es también el sujeto activo llamado a ser protagonista de ese proceso de transformación; de ahí la importancia del respeto a las geografías construidas colectivamente que en muchas ocasiones la administración local no ha

sabido o no ha querido valorar. Nos estamos refiriendo a un tipo de barrio que ya han conceptualizado Villasante, Alguacil y otros en sus estudios de las periferias madrileñas con el término de: «Barrio-Ciudad» que sintetiza Alguacil (2000) de la siguiente manera: «frente a la dicotomía de barrio encerrado (gueto) o vecindarios anónimos disueltos en la gran ciudad, se abre una tercera vía: barrios-ciudad, con los equipamientos, servicios, empleo y una cierta capacidad de gestión de todo ello por parte de los ciudadanos»

Veamos ahora, más allá de los planteamientos teóricos, cuáles han sido y están siendo las respuestas del movimiento social urbano que podemos relacionar con esta línea de trabajo.

Las respuestas del movimiento social urbano Evolución del movimiento vecinal

Antes de analizar las respuestas actuales del movimiento social urbano conviene hacer una definición del mismo, al menos en nuestro entorno más cercano, haciendo en primer lugar una breve mirada a su evolución histórica, y en segundo lugar caracterizándolo según sus formas y redes más actuales. Aunque sabemos que no es posible una fotografía única y mucho menos fija, porque por definición es movimiento y porque el momento del proceso que vamos a definir es todavía bastante incipiente.

Hace muy poco tiempo realizábamos por encargo del Ayuntamiento de Bilbao un estudio sobre la «historia de los barrios de Bilbao y sus habitantes» en el que analizamos con detalle las experiencias de lucha vecinal habidas en Recalde y Deusto, fijándonos sobre todo en los asideros identitarios que han servido de motor o impulso principal en cada uno de los dos espacios sociales escogidos. En dicho estudio repasábamos también cuál ha sido la evolución del movimiento ciudadano en Bilbao a la luz de un texto que sigue siendo referencial al respecto, la tesis doctoral de Víctor Urrutia (1985) titulada *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, que a su vez complementamos con nuevas entrevistas a bastantes de las personas que protagonizaron desde la década de los setenta el auge y declive de estas asociaciones y redes vecinales. Centrado en la experiencia de Madrid, pero repasando también las aportaciones de los movimientos ciudadanos de otras ciudades del Estado y de otros países encontramos en *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas* un texto fundamental para la comprensión de esos primeros pasos del movimiento social urbano. No entraremos aquí en todos los elementos de análisis más propios de un estudio de mayor envergadura que ya está en proyecto, pero sí veremos aunque sea muy brevemente cuáles han sido las fases que ha atravesado este movimiento vecinal intentando sacar algunas conclusiones que nos ayuden a entender mejor el actual estado de las cosas en cuanto a lo que llamaremos recomposición de las redes ciudadanas.

Para explicar el origen del movimiento vecinal en nuestro entorno, y centrándonos en Bilbao que fue donde primero y con más fuerza se desarrollaron, habría que tener en cuenta, junto a los desequilibrios económicos y sociales generados por un rápido crecimiento industrial y demográfico de finales de los sesenta y principios de los setenta, los siguientes cinco elementos que destaca Urrutia en su estudio ya citado: 1) el despertar político, con importante papel que en ese ámbito juegan los grupos parroquiales como cobertura material en una situación de represión franquista (lo que determinará sus primeros contornos ideológicos); 2) la creciente deslegitimación de la administración que les otorgará una gran aceptación popular; 3) el creciente deterioro del hábitat urbano; 4) su estructura organizativa flexible e informal; y 5) la identificación del «barrio como unidad de acción: las asociaciones se mueven dentro de los límites estrechos del barrio. Este se concibe como una unidad autónoma dentro del contexto de la ciudad.» (Urrutia, 1985: 126).

Aunque no fuera sistematizado con esa perspectiva, vemos en el análisis de Urrutia elementos comunes con el esquema planteado por los autores clásicos impulsores de la *Estructura de Oportunidad Política* (EOP) como forma de estudio del origen y contexto político de la movilización (Tarrow, 2004). Esta perspectiva nos ayudaría profundizar aún más en la caracterización de este movimiento, sin embargo, es un trabajo que ahora nos alejaría de las pretensiones de este artículo. En donde sí nos detendremos un poco más de mano de los trabajos de Villasante, es en las aportaciones en clave de contenidos que los movimientos sociales urbanos de diferentes contextos realizaron en la década de los setenta.

Este despertar del movimiento vecinal con ese componente identitario local tan marcado por el barrio se dio en muchas ciudades del Estado con peculiaridades y expresiones locales distintas según los contextos sociales, aunque en realidad, lo hicieron con unas características generales en cuanto a formas organizativas y tipos de acción muy similares. Villasante (1984) habla más bien de «unas líneas de alternativa que subyacen en casi todos ellos» y que creemos importante rescatar de su mano por el potente trasfondo ideológico que conlleva para las problemáticas urbanas que hoy siguen marcando buena parte de la acción colectiva de los movimientos sociales urbanos. La primera de estas líneas, como señala Villasante, podría ser el «rechazo del actual modelo de producción y de vida» reivindicando no un ajuste sino una transformación de raíz del mismo. La segunda sería la de la autonomía que «ha de respetar a los movimientos como tales y a su ámbito territorial de actuación»; sólo desde esta autonomía se establecerán después las relaciones con las instituciones o con otros movimientos y organizaciones similares. La tercera, de gran importancia en la configuración de los modelos urbanísticos es la de «el antidesarrollismo y anticrecimiento cuantitativo de lo urbano y del productivismo-consumismo, por oposición a un desarrollo cualitativo y ajustado a las necesidades humanas». Una incipiente teoría del «ecodesarrollo», que al contrario de los actuales discursos institucionales sobre la sostenibilidad, ya afrontaba los problemas centrales

en este ámbito como son los límites del crecimiento y la capacidad destructora del consumismo. El cuarto elemento o línea común sería «la necesidad de equilibrio entre la partes» al plantearse el desarrollo campo-ciudad, la industria, los servicios, equipamientos, como dice Villasante «un desarrollo de reequilibrio que busque equilibrar frente a segregar los diferentes aspectos de la comunidad (trabajo, residencia, consumo, ocio...)». El último de los elementos compartidos que destaca el estudio de Villasante es el «plantearse esas comunidades de manera integral, o sea que existe una autoorganización, para que contando con sus propias fuerzas se pueda aprovechar todo el esfuerzo de sus miembros».

Estas cinco líneas comunes a los movimientos sociales urbanos de la década nos hablan de una radicalidad y de una capacidad de leer las transformaciones profundas que estaban sufriendo nuestras sociedades que merece la pena rescatar, sobre todo cuando parece que muchos de los problemas detectados (consumismo, destrucción del medio ambiente, segregación de la vida y los espacios urbanos...) siguen siendo elementos de análisis de los actuales estudiosos de la ciudad. A la vez, algunas de las respuestas por parte de la ciudadanía que hoy se están articulando, parecen que no son tan distintas a algunas de las que ideaban estas asociaciones vecinales de las diferentes ciudades del Estado, de hecho eso confirma en cierta medida nuestra tesis de que más que los contenidos de las luchas del movimiento social urbano, han cambiado sus redes y los repertorios de acción para la acción colectiva.

Sin embargo, esta capacidad movilizadora y transformadora del movimiento vecinal pronto entró en una profunda crisis que le marcó para siempre. Los cambios políticos de la transición democrática por un lado, las transformaciones de los espacios urbanos y la propia globalización, como fenómeno más general, fueron los elementos claves de este declive que podemos situar en las dos largas décadas de los ochenta y los noventa.

Con la legalización de los partidos políticos en 1977 cambia la dinámica y las formas de participación vecinal. Más que la incorporación en los programas electorales de los partidos de izquierda de la práctica totalidad de las reivindicaciones de los movimientos vecinales, fue la cooptación o el trasvase de cuadros vecinales a los partidos políticos, a nivel estatal el PSOE y el PCE, el que desarticuló el movimiento vecinal. El desencanto posterior por las promesas no cumplidas llegó demasiado tarde, y aunque durante las dos últimas décadas se hayan mantenido muchas asociaciones vecinales no cabe duda de que perdieron su anterior protagonismo y liderazgo, así como la capacidad de análisis de la realidad social y su radicalidad en el discurso y en la construcción de alternativas. En nuestro estudio sobre los barrios bilbaínos de Recalde y Deusto constatamos con los protagonistas esta crisis, con la peculiaridad que las peores condiciones de habitabilidad de Recalde alargó sin duda unos años el protagonismo de la Asociación de Familias de Recalde (referencia a nivel estatal), porque como ellos mismos recuerdan «la lucha por unos mínimos de habitabilidad da mucha unión».

Tal vez el momento que mejor escenifica un cambio de época en Bilbao fueron las inundaciones de 1983. Fue un cambio de protagonismo que sufrieron muchas ciudades del Estado: el declive del movimiento vecinal y el nuevo papel de las instituciones en la planificación urbanística.

Por su parte, las transformaciones sufridas por el espacio urbano en la década de los ochenta también influyeron en la desactivación del movimiento ciudadano. En sentido positivo se dieron muchas mejoras a nivel de infraestructuras (demasiado marcadas por el protagonismo del coche y no del transporte público) y servicios públicos (educación, salud, servicios sociales...) que sin duda mejoraron de forma notable la calidad de vida de las personas. La crítica de forma y fondo de muchas de estas actuaciones urbanísticas no nos puede cegar en el sentido de reconocer las importantes mejoras que han supuesto para la calidad de vida; lo que tampoco es argumento, como decíamos anteriormente, para tener que tragar con todo. Por otro lado, y en sentido más negativo, las transformaciones urbanísticas impulsadas en la década de los noventa han sido ref lejo de la hegemonía casi absoluta de la ideología neoliberal, lo cual quiere decir que los intereses del mercado han predominado sobre todos los demás. De hecho, el propio argumento de legitimación del modelo de crecimiento de los noventa que las instituciones locales (apoyadas por las estatales y autonómicas) han interiorizado y posteriormente difundido hasta la saciedad, es el de la necesidad de inversión de la iniciativa privada y su papel protagonista en los procesos de regeneración urbana. Si a ello le sumamos lo que Fernández Duran (2006) ya ha llamado acertadamente «*tsunami urbanizador*» en el estado español, es decir que fruto de la especulación construir es un negocio en sí mismo, se nos presenta un panorama bastante desastroso en cuanto a la planificación urbanística se refiere. Pero sin perder la perspectiva de lo que más nos interesa, que es su influencia en el movimiento ciudadano, y tomando como ejemplo la espectacular transformación de Bilbao, tiene sentido la pregunta del subtítulo del libro «

Bilbao y su doble»: *¿Regeneración urbana o destrucción de la vida pública?*

(Gamarra, Larrea, 2007). En el libro los autores argumentan claramente por la segunda de las opciones, y lo hacen poniendo de manifiesto la total armonía conseguida entre las instituciones y los inversores privados para las intervenciones siempre muy «maquetistas». Esta visión, en ocasiones demasiado crítica (aunque se puede justificar por las toneladas de maquinaria autocomplaciente del otro extremo), tiene la virtud de denunciar estrategias e intereses económicos generalmente ocultos o maquillados por políticos y grupos empresariales, pero todavía tenemos que avanzar mucho en el terreno de las propuestas.

Es el predominio de la «ciudad dual» del que ya hablaba Castells (1991) a principios de los noventa y que desde luego se ha constatado en otras ciudades como es el caso de Madrid:

Las nuevas inversiones de la ciudad que aspira a competir en el marco de la globalización se concentra en determinados espacios (no necesariamente centrales) de la metrópoli en

detrimento de otros espacios que pierden actividad y dinamismo. Alguacil (2000).

La alianza entre instituciones públicas e inversores privados para la regeneración urbana ha dejado fuera durante casi dos décadas a la sociedad civil organizada. En este proceso, la pérdida de protagonismo del movimiento social urbano ha sido un factor clave. Toca ver ahora si hay condiciones para que este último se recomponga y recupere algo de protagonismo y de capacidad de influencia sobre las políticas públicas urbanas.

Recomposición de las redes ciudadanas

Ya en la década de los noventa se pueden detectar algunas iniciativas que constataban la necesidad de idear una nueva forma de praxis urbana que diera respuesta a la profunda crisis sufrida por el movimiento vecinal clásico. Sin embargo, ha sido en los últimos años en los que con mayor claridad han confluido diferentes tradiciones y corrientes de lucha del tejido social en general. Fruto de esta confluencia se está afianzando, aún de manera incipiente, una nueva praxis más integral del movimiento social urbano. Otra puntualización previa: nos ocupamos exclusivamente de los colectivos sociales organizados que se pueden definir como movimientos sociales, excluyendo con ello la «población no organizada» o las administraciones que sí serían agentes imprescindibles en un estudio más general sobre la participación o los procesos de transformación social.

Aunque hasta ahora hayamos identificado casi exclusivamente el movimiento social urbano de estas décadas con el movimiento vecinal por su liderazgo, la caracterización no es tan monolítica. De hecho, la historia de encuentros y desencuentros entre el movimiento okupa y el vecinal (Gutiérrez, 2004) que viene ya de los años setenta es el proceso que mejor explica el caminar de estas praxis urbanas en los noventa y los elementos que han posibilitado esta recomposición del movimiento que estamos intentando caracterizar.

Como nos explica Gutiérrez (2004) en su artículo «Okupación y movimiento vecinal» a pesar de la confluencia de los años setenta:

Ese apoyo inicial que dieron las Asociaciones Vecinales a estos vecinos que carecían de una vivienda digna fue estimado como soluciones particulares a casos concretos, por lo que las luchas vecinales frente a las ocupaciones fueron perdiendo fuerza y dejaron de apoyarlas como dinámica general.

Este desencuentro no es más que el reflejo de dos estrategias o «repertorios de acción» diferentes por el que han caminado el movimiento vecinal y el okupa, mostrando cada una de las experiencias importantes lecciones para el movimiento social urbano en su conjunto. Intentando superar el improductivo y típico cruce de acusaciones que durante años hemos vivido entre uno y otro lado, que interesadamente ha fomentado el poder a través de los medios de comunicación (sobre todo para desprestigiar al movimiento okupa), vamos ahora a sintetizar algunos de esos aprendizajes colectivos que son los que están alimentando algunas de las iniciativas ciudadanas actuales.

Por un lado, el movimiento vecinal se enfrascó de lleno en las tareas institucionales marcadas sobre todo por las discusiones de los planes urbanísticos y de regeneración urbana en los que se consumieron mucho tiempo y muchas fuerzas sin que, como hemos visto en el apartado anterior, la alianza principal de las instituciones fuera realmente la de las organizaciones vecinales. Esto que generó un profundo desencanto en los pocos líderes vecinales que no habían sido cooptados por los partidos políticos, restó capacidad movilizadora para responder a la enorme cantidad de fraudes o engaños que sufrieron. Más aún si le sumamos otra de las tareas institucionales en las que se sumergieron: la de la creación de consejos u otros mecanismos de participación ciudadana a escala local. Con mayor o menor intención, muchas de las experiencias participativas sirvieron y sirven para anular la acción colectiva y en consecuencia la capacidad transformadora de este tipo de organizaciones de la sociedad civil. Sin embargo, ese largo y oscuro caminar casi siempre más frustrante que ilusionante, ha generado un tipo de experiencia y conocimiento necesarios para, más allá de la protesta, poder establecer con las instituciones y otros grupos de poder debates serios y con contenidos concretos importantes que afectan realmente a la calidad de vida de las personas, muchas veces las más humildes o las de las zonas más castigadas por la segregación urbana. Lo digo porque creo que se ha infravalorado este tipo de militancia y porque, aún compartiendo buena parte de las críticas que se han hecho desde los sectores más movimentistas sobre la pérdida de radicalidad, en las nuevas iniciativas comunitarias de trabajo en red que veremos más adelante, se está demostrando que la experiencia y el bagaje de las personas que llevan muchos años en este tipo de colectivos es fundamental para generar alternativas transformadoras sentidas por la gente de los barrios.

Por otro lado, el caminar del movimiento de ocupación del que hasta ahora no nos hemos ocupado, ha generado también un tipo de praxis urbanas necesarias para una reinterpretación de la ciudad y sus espacios. Hay ya bastantes trabajos al respecto (Martínez, 2004; Ibarra, 2002; AAVV, 2002; AAVV, 1998...), así que sólo nos detendremos en algunos de los aprendizajes concretos que han aportado elementos diferenciales a las nuevas redes ciudadanas. Como bien recogen diferentes autores en *Creadores de democracia radical* (Ibarra, 2002), es cierto que el movimiento de ocupación en el Estado ha conseguido pocos logros en el sentido de influencia en las políticas públicas sobre todo en uno de sus temas centrales

como es la vivienda. Pero también hay que señalar que el giro que en este caso tomó este otro tipo de movimiento no fue tanto el de la reivindicación de la vivienda como el de «apostar mayoritariamente por procesos de generación de autonomía y autoorganización social al margen del Estado y del mercado». En algunos lugares, o incluso en los mismos lugares pero en épocas distintas se han desarrollado experiencias vinculadas al tema de vivienda, otras relacionadas con la liberación de espacios para el arte, la cultura, otras como las de Euskal Herria muy vinculadas al movimiento juvenil (hoy especialmente criminalizado y perseguido), o incluso otras, de gran importancia simbólica desde el punto de vista de relación o negación de lo urbano, como las ocupaciones rurales de pueblos abandonados...

De una u otra forma, el movimiento okupa ha mantenido viva una estrategia de lucha irruptiva y transformadora en el doble sentido de denuncia de la especulación y corrupción inmobiliaria generalizada por un lado, y por otro, de demostrar que otros modelos de vida, de relación social o de producción cultural eran posibles. El aspecto más negativo de toda esta tradición de lucha ha sido la desconexión con el territorio no tanto en su sentido físico como social. Sin negar la dimensión transformadora del choque, de la irrupción o incluso la provocación irreverente, hay que reconocer que muy pocos barrios (con la complejidad de relaciones sociales existentes) se han sentido llamados a defender los centros sociales ocupados en los desalojos porque sintieran que eran un recurso propio del barrio. No se ha generado esa complicidad necesaria, no sólo entre el movimiento okupa y la sociedad en general; tampoco, en demasiadas ocasiones, con las redes sociales del barrio. Y de eso no basta con echarle la culpa a los medios de comunicación o a los políticos, es necesaria, como ya se está haciendo desde hace unos años una revisión y autocrítica de unos estilos y formas de acción muy cerrados y poco capaces de conf luir con otras formas de lucha necesarias y complementarias.

[\[1\]](#)

El vanguardismo siempre ha sido enemigo del asamblearismo.

La tercera y última de las tradiciones o corrientes del tejido social que hoy participan de forma activa en las nuevas redes ciudadanas es la vinculada a lo que se suele definir como el mundo del voluntariado o del también llamado Tercer Sector no lucrativo o de acción social. Como nos demuestran los estudios realizados (Olabuénaga, 2004), la diversidad es enorme en cuanto a formas jurídicas, tamaño de los grupos, antigüedad o niveles de profesionalización, pero es que además, cuantitativamente, presenta unas cifras abrumadoras si las comparamos con las de los otros tipos de acción social mencionados hasta ahora. Pero la relevancia para las nuevas redes ciudadanas no está sólo en lo cuantitativo, sino también en el tipo de conocimiento acumulado en años de trabajo con los sectores más desfavorecidos de la población. La presencia e impulso decidido de algunas de estas entidades en las actuales redes de lucha contra la pobreza o en las cada vez más numerosas experiencias de economía alternativa (Red de Economía Alternativa y Solidaria), está siendo también un elemento fundamental en lo referido al diseño y gestión de las políticas públicas urbanas. En el tema de la exclusión, clave desde el punto de vista de las dinámicas excluyentes del sistema social, no sólo han construido alternativas en clave asistencial, sino que han demostrado la viabilidad de proyectos de empleo

e inclusión social que por sus principios éticos y filosóficos han cuestionado abiertamente las lógicas de mercado.

Pero que habrá que estar muy alerta para observar hasta qué punto todo este impulso y reconocimiento institucional del voluntariado no es la coartada perfecta para desmontar el Estado de Bienestar y eludir las responsabilidades públicas en favor de una de las principales recetas de la doctrina neoliberal, la de la reducción del gasto público. No es nuestro cometido resolver este asunto, que es ya un debate profundo y trascendental para este sector desde hace unos años, pero sí al menos, dar cuenta de ello y advertir de sus riesgos.

Destacando otro de los elementos positivos que para las redes ciudadanas actuales ha aportado el voluntariado, hay que valorar las metodologías de intervención social en clave comunitaria y de ayuda mutua que han ido experimentando y adecuando a lo complejo y cambiante de ciertos contextos sociales de las periferias urbanas. Iniciativas en barrios como San Francisco en Bilbao (Askunze, 2001), en los distritos del Sur de Madrid como Usera, Villaverde, Puente Vallecas y Perales del Río (Alguacil, 2000) o la experiencia del Polígono Sur de Sevilla son sólo algunas de estas ricas y diversas experiencias de desarrollo comunitario impulsadas desde el tercer sector que han abierto caminos a unas nuevas formas de acción colectiva en las que conviven diferentes agentes sociales.

Por último, un breve apunte sobre otro tipo de colectivos u organizaciones sociales que sin tener una vocación decidida de trabajo en el territorio (ONGD, colectivos de solidaridad...), cada vez se implican más, al menos de forma puntual, en las iniciativas comunitarias de los barrios en los que se ubican, aunque como suele ocurrir esa ubicación es puramente casual. Las distinguimos de otros tipo de asociaciones (deportivas principalmente) porque éstas sí tendrían algo más que aportar en cuanto a experiencias de lucha y transformación social vividas o incluso impulsadas por ellas en otras partes del mundo, y porque seguramente sería incoherente no apoyar, al menos simbólicamente y moralmente, las iniciativas de este tipo que se generan en los entornos más cercanos.

Experiencias de redes ciudadanas

En este último apartado pretendo contar, aunque sea de forma muy breve, dos experiencias de recomposición de redes ciudadanas por parte del movimiento social urbano de dos ciudades cercanas que, como decía en la introducción, gracias a mi trabajo en la universidad he podido conocer. En las dos se produce el proceso de confluencia entre diferentes sectores o agentes del movimiento social urbano que ha sido el eje vertebrador de la argumentación y tesis de este trabajo. La pregunta es si estas dos experiencias de autoorganización social son procesos de

construcción de comunidades democráticas en el sentido que las definimos en el apartado anterior. Mi planteamiento es que sí lo son en tanto que podemos caracterizarlos como dos procesos surgidos de la propia comunidad que haciendo una lectura integral de la complejidad de la realidad social en la que viven, apuestan por unos proyectos (planes comunitarios en los dos casos) de barrio abiertos, incluyentes y que den a las personas el papel central que les corresponde en las decisiones que afectan su presente y su futuro.

Estas dos experiencias, junto a muchas otras que se podrían incluir en esta línea, demuestran que el trabajo en red, también en el movimiento social urbano, se ha impuesto como una forma de organización que, de forma planificada o no, ha logrado ir más allá de la simple suma de siglas de organizaciones diferentes, para dotar a esa red, y por tanto a cada una de las organizaciones en ella implicadas, de una visión más completa de esa realidad social compleja y cambiante que no puede ser explicada y mucho menos transformada desde una sola perspectiva o grupo social determinado. En contra de los discursos totalizadores de uno u otro bando, la red tomada en serio implica una complementariedad no sólo estratégica, sino también filosófica y ética, que es a su vez una condición necesaria para caminar hacia la comunidad democrática.

De las dos experiencias, la del Casco Viejo de Pamplona está más asentada en cuanto experiencia comunitaria y tiene ya varias publicaciones de referencia en las que yo mismo he participado (Alboan, 2007), y la otra, la del barrio de Irala de Bilbao está empezando a caminar con estas metodologías comunitarias. Como vengo diciendo, una y otra experiencia nos pueden ayudar a comprobar cómo se materializan algunas de las reflexiones planteadas anteriormente que, por otra parte, han surgido de estos mismos y otros intentos de intervenir y transformar la realidad (cumpliendo una vez más «la circularidad entre conocimiento y acción» de Melucci).

El Plan Comunitario del Casco Viejo de Pamplona

La experiencia del Plan Comunitario del Casco Viejo de Pamplona toma cuerpo como tal en abril del 2004 en unas jornadas abiertas del barrio en las que participan cerca de 160 personas entre la que se encuentran vecinos y vecinas, comerciantes, la alcaldesa de Pamplona y otros concejales, agentes sociales y políticos de la ciudad, asociaciones, trabajadores sociales, técnicos municipales, del Gobierno de Navarra y representantes de la Oficina de Rehabilitación del Casco Antiguo; un nutrido y variado collage de los diferentes protagonistas de la vida del barrio que hasta entonces no se habían visto las caras todos a la vez. Este Plan sin embargo, tiene sus raíces no sólo en la larga y dilatada experiencia de lucha de diferentes sectores y colectivos del barrio; en este caso confluyeron básicamente una asociación vecinal y unos grupos de tiempo libre, a los que se sumaron, además de vecinos a título individual, grupos de apoyo al euskera, asociaciones de comerciantes, centros educativos, gazte asanblada...

En primer lugar hay que hacer referencia a la Asociación Vecinal que nació los años previos a la muerte de Franco y que se legalizó en 1976 como tantas otras.

Entrevistando a alguno de sus miembros que están desde entonces, nos narra ese proceso primero de auge, luego de crisis, y en la actualidad de cierta recuperación. Desde finales de los noventa, y en parte por la crisis de representatividad que ellos mismos sentían respecto del barrio, se dieron cuenta de que era necesario cambiar la lógica de funcionamiento y empezaron a «hacer cosas como más serias, más de presentar alternativas, y no sólo la asociación vecinal, sino que vamos a tener en cuenta también que hay un montón de grupos de colectivos, de gente que está en le barrio y que tiene que expresarse también» (Entrevista con miembro de la Asociación Vecinal). Esta lectura diferente del barrio les llevó a enfrascarse en diversas iniciativas en clave de encuentros, jornadas y otras propuestas en las que la característica común era la búsqueda de implicación —con mayor o menor éxito según propuestas y momentos— del resto de sectores presentes en la vida social del barrio. Cabe señalar que el Casco Viejo es un barrio que concentra buena parte del movimiento social y tejido asociativo de toda la ciudad y que tiene en su haber una importante tradición de lucha social. Las instituciones locales suelen despreciar el barrio como conflictivo o «peleón».

La implicación de la gente del barrio en los problemas cotidianos es alta (de hecho para muchas personas, sobre todo mayores, la asociación sigue siendo una especie de oficina de reclamaciones donde les escuchan, que dicho sea de paso no es poco para los tiempos que corren) y ese trabajo de recogida y gestión de agravios sigue siendo una parte importante al que dedican su tiempo las personas liberadas o voluntarias de la asociación. Esta función, más allá del «servicio» que presta a la comunidad del Casco Viejo, es una de las claves que explica la confianza de la que goza la asociación por parte de un sector muy amplio de la población del barrio, confianza o legitimidad, si se prefiere, que también le otorgan para otro tipo de iniciativas como la del Plan Comunitario.

En los orígenes y la concepción del Plan Comunitario confluyó otro colectivo vinculado al tiempo libre y a la educación de calle: Aldezar. Este colectivo, más joven en trayectoria y en edad de sus miembros, tiene también una clara vocación de trabajo para y con el barrio, y lo hace además con un proyecto educativo que integra el barrio en su conjunto como el espacio educativo físico y simbólico. Además de los locales, compartidos con la Asociación Vecinal, la calle es el espacio educativo en el que jugar, aprender y socializarse; el espacio público tomado por los niños en clave de juego y aprendizaje. En Aldezar participan actualmente entre 300 y 350 niños y jóvenes del Casco Viejo de forma continuada y hasta 800 si se contabilizan las actividades más puntuales o en coordinación con otros grupos y además de las actividades de tiempo libre cuentan ya con otros proyectos entre los que destacan una Escuela de Tiempo

Libre y la gestión del Programa Municipal de Prevención Comunitaria situado en la Unidad Social de Base del barrio.

Pero el proyecto del Plan Comunitario no es ni pretende ser propiedad de ningún colectivo. Siguiendo la metodología propuesta por Marchioni (2001) que asesora personalmente el plan, la vocación del mismo es convertirse en un recurso inespecífico para la comunidad, entendida en el sentido de espacio social en el que confluyen todos los agentes implicados en la vida de esa comunidad sean ciudadanos, técnicos, o políticos dado que el objetivo es «transformar y mejorar la calidad de vida y potenciar la autonomía de las personas» (Hoja nº 1 del Plan Comunitario). La respuesta positiva —intermitente— a esta iniciativa ha venido sobre todo del resto de colectivos del barrio, de personas no organizadas y de profesionales de servicios sociales que han visto en ella una importante y necesaria apuesta por la intervención integral en el barrio. Tras la realización del Diagnóstico Comunitario (AAVV, 2007) y la posterior socialización con los colectivos, el Plan Comunitario está ahora impulsando un proyecto de aprendizaje colectivo, es el Programa Comunitario «Aprendiendo juntos y juntas con el barrio» que pretende seguir dinamizando las redes existentes en el mismo.

El Plan Iralaberri, Bilbao

Irala es un barrio del sur de Bilbao que nació como Ciudad Jardín a principios del siglo XX siguiendo las tendencias urbanísticas basadas en la nostalgia de lo rural, y mantuvo este carácter hasta los años sesenta. En esa década las necesidades del mercado, ubicar de unos flujos migratorios espectaculares que venían a cubrir la mano de obra barata que necesitaba el desarrollo industrial, impusieron un nuevo modelo de construcción caracterizado por los enormes bloques de viviendas. Con este fin, además de edificar en nuevos terrenos, derribaron parte de las casas ya existentes.

Fue en esa época también, en 1968, cuando surgió la Asociación de Vecinos que hoy lidera la iniciativa que vamos a relatar y que tuvo como uno de sus primeros objetivos frenar aquella política destructiva y conseguir un grado de protección B para las casas de ese Centro Histórico que sin embargo, y por la falta de apoyos económicos para su mantenimiento o rehabilitación, han sufrido un deterioro que sólo en los últimos cinco años se ha podido corregir con algunas medidas de urgencia. Además de esto, y tras una «*ardua pelea*» lograron participar en el Plan Especial de Reforma Interior (P.E.R.I) consiguiendo frenar otra zona de construcción en donde hoy se ubica el principal parque del barrio.

Hoy viven unas doce mil personas en Irala y sumados a los problemas históricos del barrio (acumulación de tráfico y ruidos, escasos locales sociales, comercio deficiente), se plantea

Las nuevas redes del movimiento social urbano

Escrito por Imanol Telleria

Martes, 13 de Marzo de 2007 11:17 - Actualizado Martes, 15 de Marzo de 2011 17:08

como oportunidad y como amenaza una transformación urbanística importante fruto de la lucha vecinal: la inminente cobertura de las vías de tren que atraviesan toda la zona de Eskurtze y que llevará a cabo Bilbao Ría 2000. Donde los y las vecinas ven una gran oportunidad para la recuperación de espacios para la mejora de las condiciones de vida en clave de remodelación y ampliación de la zona escolar, del parque, y de conexión peatonal de calidad con el resto de la ciudad, las constructoras y otros intereses inmobiliarios ven la oportunidad de construir nuevos bloques de viviendas. La lucha de intereses está servida.

El movimiento ciudadano del barrio, liderado por la Asociación de Vecinos, presentó ya en noviembre del 2006 el «Plan Iralaberrri» que tras un diagnóstico sobre los principales problemas que afectan al barrio, «el Iralabarri que tenemos» presenta propuestas concretas para «el Iralabarri que queremos». Dicho con sus palabras:

Mediante la presentación del Plan Iralaberrri, queremos, por un lado, poner sobre la mesa la necesidad de su reforma para posibilitar mejoras urbanísticas, y por otro, dar a conocer tanto a nuestros vecinos como a las instituciones, las propuestas sociales y culturales que entendemos abren el camino a ese Ira-labarri del mañana por el que apostamos (Carta abierta al barrio, noviembre de 2006).

Las líneas de trabajo del Plan son dos, una urbanística, algo más técnica pero abierta a la participación de los agentes sociales e institucionales que básicamente pretende la aprobación de un nuevo Plan de Reforma Interior que proteja a los nuevos espacios urbanos de la especulación y del afán constructor del mercado inmobiliario; y otra social que refuerce y dinamice las relaciones entre el amplio y heterogéneo tejido social existente en el barrio, sobre la que se está empezando a trabajar ahora con el intento de buscar nuevas formas de participación social que superen las carencias participativas reconocidas por los agentes sociales más implicados.

Precisamente este tejido está configurándose como red ciudadana para afrontar los retos que se plantean y en él podemos encontrar entre otras y además de la asociación vecinal, una radio libre de gran tradición en todo Bilbao, Irola Irratia (que recientemente reconocía la necesidad de trabajar más vinculada al barrio), una Gazte Asanblada conectada desde el principio a este proceso y que siempre ha mantenido su presencia en las coordinaciones vecinales, o una asociación como «Berdinak» (iguales) que trabaja con perspectiva de barrio un tema tan global como la interculturalidad, el apoyo a las personas inmigrantes y la denuncia de las leyes que les dificultan ejercer sus derechos como ciudadanos. Además se están implicando a diferentes niveles otro tipo de agentes sociales de muy diversa índole como las asociaciones de padres y madres, grupos musicales del barrio y otros grupos culturales que

gestionan espacios culturales para la ciudad en general.

Queremos dejar claro que la red que se está tejiendo de nuevo en Irala ya existía, que los proyectos, colectivos, y personas que han mantenido viva esta sociedad civil activa y organizada en el barrio llevan muchos años de militancia y que las relaciones siempre han existido, aunque como reconocen ahora algunos de ellos siempre ha sido para momentos puntuales y sin una lectura conjunta de las transformaciones del barrio. Este Plan pretende, precisamente, hacer una lectura conjunta lo más abierta posible a las diferentes sensibilidades de los vecinos (estén o no organizados en colectivos) para desarrollar estrategias de lucha social que acerquen el urbanismo a los intereses de las personas y no del capital. Como concluía Harvey (1989) en su clásico tratado de urbanismo, todavía: «Queda para la teoría revolucionaria explorar el camino que va de un urbanismo, basado en la explotación a un urbanismo apropiado a para la especie humana, y queda para la práctica revolucionaria llevar a cabo tal transformación».

Por último, y como prueba del potencial que este tipo de organización de barrio tiene también para el conjunto de la ciudad, podríamos señalar la propuesta de trabajo que desde Irala se está debatiendo con colectivos y organizaciones de otros barrios de la zona sur de Bilbao (al menos siete u ocho barrios que representan un tercio de la población total de la ciudad) para crear una coordinación más estable y más eficaz con la que pelear conjuntamente por un Plan de Reforma Especial para la Zona Sur que resuelva los problemas urbanísticos de una parte de la ciudad casi siempre castigada por el olvido o por las grandes infraestructuras para el conjunto de la ciudad, y que aunque a día de hoy no es más que una idea, plantea desde su origen «otra forma posible» de hacer ciudad.

[1] Hace poco me contaba una compañera que uno de los mayores aciertos de los últimos años de un Gaztetxe histórico como la Kultur de Santurtzi ha sido el de habilitar una sala amplia para las merendolas de los y las adolescentes del barrio, ocupas y no ocupas, que a veces solas, otras acompañadas por sus padres y madres celebran los cumpleaños para el enfado de los Mc Donals y centros comerciales de la zona (que dicho sea de paso son muchos y muy grandes).

Bibliografía

Las nuevas redes del movimiento social urbano

Escrito por Imanol Telleria

Martes, 13 de Marzo de 2007 11:17 - Actualizado Martes, 15 de Marzo de 2011 17:08

Alboan, Investigaciones (2007), *Participación ciudadana y sistematización de experiencias*, Alboan, Bilbao

Alguacil, J. (2000), *Calidad de vida y praxis urbana. Nuevas iniciativas en la gestión ciudadana en la periferia social de Madrid*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Askunze, C. (2001), «Rehabilitación de Barrios Desfavorecidos y Participación Ciudadana. La experiencia en el Área de Bilbao la Vieja», en Ibarra, P. y Grau, E., *Participando en la red: anuario de movimientos sociales*, Icaria Barcelona

Bauman, Z. (2003), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo xxi Editores, Madrid.

— (2006), *Vida líquida*, Paidós Estado y sociedad 143, Barcelona.

Beck, Ulrich (1998), *La sociedad en riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Ediciones Paidós, Barcelona.

Beck, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elizabeth (2003), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós Estado y Sociedad, Barcelona.

Beck, Giddens & Lasch (1997), *Modernización reflexiva*, Madrid, Alianza.

Borja, Jordi y Muxi Zaida (2003), *El espacio público: ciudad y ciudadanía*, Electa, Barcelona.

Las nuevas redes del movimiento social urbano

Escrito por Imanol Telleria

Martes, 13 de Marzo de 2007 11:17 - Actualizado Martes, 15 de Marzo de 2011 17:08

Calvino, I. (1998), *Las ciudades invisibles*, Siruela, Madrid

Castells, M. (2000), *La era de la información: economía, sociedad y cultura / El poder de la identidad*, Madrid, Alianza.

— (2004), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Taurus, Madrid

Esteban (2000), *Bilbao, luces y sombras del titanio. El proceso de regeneración del Bilbao Metropolitano*. Bilbao, upv-ehu.

Bilb

Fernández Durán (2006), *El tsunami urbanizador español y mundial*, Virus Editorial, Bilbao.

Gamarra, G. y Larrea, A. (2007), *Bilbao y su doble ¿Regeneración urbana o destrucción de la vida pública?*, Gatazka Gunea, Bilbao

Gutiérrez, V. (2004), *Okupación y movimiento vecinal en Martínez López y Adell, R. (coords.) ¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*, Catarata, Madrid.

Harvey, D. (1989), *Urbanismo y desigualdad social*, Siglo xxi Editores, Madrid.

— (2003), *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid.

— (2004), «Las grietas de la ciudad capitalista», entrevista a David Harvey en: *Archipiélago*,

Las nuevas redes del movimiento social urbano

Escrito por Imanol Telleria

Martes, 13 de Marzo de 2007 11:17 - Actualizado Martes, 15 de Marzo de 2011 17:08

Cuadernos de crítica de la cultura

, N° 62 «Crisis y reinención de la ciudad contemporánea», Barcelona, Ed Archipiélago.

Lefebvre, H (1973), *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península.

Marchioni, M. (2001), *Comunidad y cambio social: teoría y praxis de la acción comunitaria*, Madrid, Edición Popular.

Marti, J. y Villasante (2000), *La Investigación social participativa. Construyendo ciudadanía 1*, El Viejo Topo, Madrid.

Park (1999), *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Barcelona, Península.

Telleria, I. (2007), *El desarrollo comunitario y el proceso de construcción de comunidades democráticas* en Ahedo,
I. e Ibarra, P.,
Democracia participativa y desarrollo humano,
Instituto Internacional de Sociología jurídica de Oñati, Dykinson, Madrid.

Tarrow, S. (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza.

Urrutia, V. (1985), *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñate, Instituto Vasco de Administración Pública.

Villasante, T. (1984), *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*, Instituto de Estudios de la administración local, Madrid.